taba esta devota señora en su vejez y viudez con una ración de carnero que le llevaban en una ollita todos los días a su casa, que comía con mucho contento por su grande devoción. Hizo también mucha parte de lo que está edificado en la enfermería, adonde se curan los enfermos. Pero por haber faltado, como he dicho, el caudal de los españoles, como lo tenían en años pasados, ha sido muy necesario el socorro de la capilla de San Joseph, y sin ella se sustentara muy mal el convento, aunque en el tiempo de ahora, como se van acabando los indios que con su multitud enriquecían la tierra y la han desmembrado de los de el barrio de Santa María, donde se ha puesto convento y de otros que estaban en aquella doctrina, va no basta lo uno, ni lo otro. El año de 62 contó el religioso que tenía a cargo la capilla de San Joseph que habían ofrecido los indios el día de la conmemoración de los finados, después de Todos Santos, más de cien mil panes de Castilla y tres o cuatro mil candelas de cera blanca, y veinte y cinco arrobas de vino (que para esta tierra es mucho), y grande cantidad de gallinas y muy muchos huevos, y tanta fruta de Castilla y de la tierra, de todo género, que con trabajo se pudo llevar toda a la refitolería, con repartir gran parte de ella a pobres y a otros que se llegaban a pedirla; mas ahora, por ir los indios a menos, no hay de cien partes la una. Los indios carniceros, que sirven de matar reses y cortar carne a los españoles en la ciudad de Mexico, tuvieron por devoción, por más de cincuenta años, de hacer limosna a nuestro convento de San Francisco todos los sábados, de los menudos de vaca y carnero que son menester, y ellos mismos los traían los viernes, cuando el sábado era día de grosura, sin que los religiosos se los pidiesen, sin otras limosnas que hacían entre año; pero aunque hacen de presente la misma limosna, va un religioso por ello y lleva quien la traiga y es muy grande limosna esta ordinaria de los sábados, por haber siempre en el convento más de cien frailes. Otras limosnas particulares sería proceder en infinito quererlas contar, ni vo podría, ni sé las que se han hecho en todas partes sino algunas pocas, en respecto de las que ignoro que no tienen número; mas contaré algunas, y porque no llegue a ser penoso el largo proceder de el capítulo, podráme oír el lector lo más brevemente que yo pudiere en el siguiente.

CAPÍTULO V. Que prosigue la materia de el pasado acerca de las muchas y muy largas limosnas que los indios han hecho, y hay cosas notables



o QUIERO CON PALABRAS ENCARECIDAS, ni con mucha multiplicación de ellas, decir lo que estos indios de Tlatelulco han hecho de limosna para la obra de la iglesia de el apósto! Santiago, porque aunque pudiera alargar la mano, la acorto con sólo decir que demás de haber dado graciosamente y sin paga el trabajo de sus manos, han dado para ayuda a

comprar piedra y cal, para hacerla, más de quince mil pesos, que es gran

parte de el dinero que en ella y en el retablo he gastado, dando uno ciento, otro doscientos pesos, ya veinte, treinta, cuatro y diez, conforme el caudal cada uno ha tenido. Y al punto que estoy escribiendo esto, está en mi presencia un indio que viene de parte de una pobre india ciega, que hace de limosna diez pesos, y envía a decir que se holgará ver o ser moza para servir a algún amo, para ganar, por aquel modo, algo más que dar a su padre Santiago. De manera que no se tiene por hijo leal de el apóstol el que no contribuye y le da algo. Y porque de cosas de limosnas tengo más noticia de este pueblo por las frescas que he recibido y he sabido, que en otros tiempos se han hecho, quiero proseguir este capítulo, diciendo algunas particulares, satisfaciendo en esta parte al capítulo pasado que dijimos en él haberlas particulares como también en común las ha habido. Y comenzando, será la primera de aquella india matrona, llamada Ana, de quien hicimos memoria en el fin de el capítulo segundo de este libro, lo cual me dio en estos dos motivo para tratar de esta tierra, diciendo como era muy bienhechora de nuestro estado y orden.

Esta devota mujer, de más de las ordinarias limosnas que hacía a frailes, de hábitos y libros y lo demás que habían menester, enviaba a veces los doscientos y trescientos pesos para que se empleasen en la sacristía y la enfermería de San Francisco de Mexico, como si fuera una duquesa o reina, no teniendo otra renta más de la que ella y otras cuatro o cinco mujeres, de su mismo espíritu, que la hacían compañía, ganaban con el trabajo de sus manos y con la industria de su buena capitana. La cual, cuando se quiso morir, envió a rogar a dos religiosos viejos, fray Alonso de Molina y fray Melchior de Benavente, que la fuesen a ver; y estando dentro mandó salir a toda la gente que allí había, y llamando a una vieja, su compañera, dijo a los religiosos: Padres, esta hermana dará doscientos pesos para San Francisco, los cuales, después de muerta, llevó la vieja y se emplearon en la sacristía. Demás de esto dejó muchas limosnas mandadas a este monasterio de Tlatelulco, donde se enterró su cuerpo, y a la enfermería de San Francisco, y a frailes particulares, para su vestuario y libros.

En el libro de las memorias antiguas de el convento hay puestas muchas indias (de las cuales viven muy pocas) diciendo las cosas que han dado de limosna al dicho convento y sacristía, y hay partidas de siete mil pesos de sola una india, de seis mil, de cuatro mil, de tres y de dos mil pesos, y muchas (y casi en número no acabable) de mil, de quinientos y de más y menos ceros que éstos. De el tiempo que yo he estado aquí ha habido india que antes de su muerte y después de muerta ha dado para misas y limosna, graciosamente, mil y quinientos pesos. Otras dos hermanas (que se llevaron poco la una a la otra, en la muerte) dejaron al convento más de cuatro mil y quinientos pesos. Y cuando se quiso comenzar la obra de la iglesia dio una india, llamada Magdalena, sombrerera, quinientos pesos para la caja de el Sagrario. Otra, llamada Juana, dio otros quinientos, y después acá me ha dado muchos, y es una de las de el libro que han hecho muchas y muy particulares limosnas. Y otra, llamada Polonia Ximénez, cerera, dio ochocientos para una lámpara de plata que ha de estar en la

iglesia nueva, delante de el altar mayor, y de el Santísimo Sacramento, en la capilla de San Joseph. En San Francisco vi hacer muchas y muy particulares limosnas al religioso que los tenía a cargo, que se llamaba fray Francisco de Gamboa, en cuya compañía yo estaba por predicador de aquellos mexicanos; y como entonces no pensé escribirlas, tampoco tuve curiosidad para notarlas; pero sé que fueron muy cuantiosas algunas.

Una india de Quauhquechola, llamada también Ana, todo cuanto ganaba lo ofrecía a la iglesia, y allegando alguna cuantidad de dinero acudía al guardián y le decía: Padre, estos cien pesos o doscientos me ha dado Dios, mira lo que es menester para su iglesia; y como muchas veces el guardián no los quisiese recibir, afligíase la buena mujer y decía: Padre, ¿para qué lo quiero yo, no tengo hijos, ni marido a quien lo tengo de dar, sino a Dios que me lo prestó? Y así dijo aquel guardián que con las limosnas de sola aquella buena vieja había hecho primero una casulla rica y luego una capa y después dalmáticas y tras esto un frontal y otra casulla y otras cosas. En Tepeaca un indio, mercader, llamado Juan de Torres, dio un terno de capa, casulla, dalmaticas y tras esto un frontal y otra casulla y otras cosas. En Tepeaca un indio, mercader, llamado Juan de Torres, dio un terno de capa, casulla, dalmáticas y frontal de terciopelo negro, bien guarnecido, y entre año siempre hacía largas limosnas al monasterio. Cuando éste se quiso morir dejó a otros cuatro o cinco monasterios de la comarca cada cien pesos, sin otro cargo más de que le encomendasen a Dios. Y al convento de Tepeaca doscientos, sin otros que dejó para misas; y más mandó en su testamento, que setecientos pesos que le debía un español, se cobrasen y se empleasen en lo necesario al mismo convento, aunque nunca se cobraron porque el español, que era un encomendero, también murió. La mujer de este Juan de Torres murió, y porque tenía un verno jugador y desperdiciado no quiso declarar en su testamento lo que tenía guardado para Dios y para su alma, y fiose de su hija, que era de tan buena masa como sus padres, declarándole donde tenía guardados ochocientos pesos y lo que quería que se hiciese de ellos. La hija fue tan fiel que muerta la madre los llevó de secreto al monasterio, diciendo que se enviasen cada ciento a los comarcanos y lo demás se emplease en lo necesario de aquel convento, encomendando a Dios el alma de su madre. Pablo, indio salinero de la visita de Tlalnepantla, cuyo pueblo está poco más de una legua de esta ciudad, ofreció a aquel convento un órgano y un retablo colateral, donde él y su mujer están pintados; y dio otros ochocientos pesos para ayuda de el retablo principal, sin otras limosnas que continuamente hacía, como si fuera un príncipe. Don Baltasar de Olmos, que al presente es gobernador de el pueblo de Zacatlan, siéndolo también el año de 601 que yo fui guardián de aquel convento, dio orden cómo para la iglesia, que es de tres naves y muy buena, se hiciese retablo (porque por haber poco que la dicha iglesia se había acabado no lo tenía); hicímoslo y dio para que se hiciese mil y quinientos pesos. Después hizo órgano, que le costó mil pesos, y ahora está haciendo en esta ciudad un altar colateral que le cuesta setecientos pesos. Es hombre muy devoto y muy bienhechor de aquel convento, y todas ellas

son crifra para las que otros pudieran contar y muchas de más valor. Finalmente, los ornamentos que particulares indios han dado a las iglesias y cálices y otros aderezos, han sido muchos y muy buenos, tanto, que por su largueza y valor en estas cosas y por no quitarles su devoción (por ser nuevos en la fe) se han recibido con escrúpulo de los religiosos, que celando la pobreza de su estado no los querían recibir; todo esto es en esta provincia de Mexico.

Quisiera ya concluir con este capítulo, por no ser más largo ni prolijo, y no puedo con mi conciencia dejar de contar una limosna de un pobre, pues he dicho hartas de los que poseían algún caudal. En el pueblo de Topoyanco, jurisdición de Tlaxcalla y una legua de la ciudad, un indio viejo ofreció al guardián, que era un gran siervo de Dios, un real de pan y una azumbre de vino; y viendo el guardián al indio tan viejo y pobre en su traje, preguntóle que de dónde había habido los reales para comprar aquel pan y vino (que según dijo le había costado siete reales todo), a lo cual respondió el viejo: padre, pues lo quieres saber, quiérotelo contar. Sabrás que mi mujer y yo, viendo que otros nuestros vecinos te hacían limosna, como era razón, pues estás trabajando por nosotros, y no teniendo que darte por nuestra pobreza, estábamos con mucha pena; mas quiso nuestro Señor consolarnos y fue de esta manera: teníamos una perrilla y hízose preñada, la cual parió y nacidos y criados los cachorrillos, vo fui a venderlos a tierra caliente (que dista de este pueblo, la más cercana, diez leguas), y con lo que me dieron por ellos compré un poco de algodón, que mi mujer hiló y con ello tejió una manta, la cual vendí por siete reales, con los cuales compré este pan y vino que te he traído. Contando esta historia aquel padre bendito preguntaba, ¿si sería esta tal limosna acepta a Dios? Y respondióse él mismo, con lo que está escrito en las vidas de los santos padres del Yermo, de un monie que iba por el agua media legua, el cual, vendo un día imaginando de pasar su ermita cerca de donde estaba el agua, ovó tras sí unos pasos, y volviendo la cabeza atrás, por ver quién era, vio un ángel que le dijo: voy contando los pasos que das en venir por agua, para que cada paso te sea pagado. Y así concluía este padre, que a estos dos indios, marido y mujer, los pasos y palabras y pensamientos que tuvieron para hacer aquella limosna, los ángeles, con grande placer, sin falta, los escribirían para que les fuesen galardonados.

No quiero traer la comprobación de esta verdad de razones de puros hombres pues aunque las dan que satisfacen, muchas veces tienen necesidad de otras que las expliquen o fortifiquen; pero quiero decir las de el mismo Dios humanado, con que se tapan las bocas a todos, para que oyéndolas no las contradigan. Por San Lucas,¹ sabemos que estaban una vez Cristo señor nuestro viendo las ofrendas y limosna que se ofrecían en el templo y se echaban en el gazofilacio, y como se aventajaban los ricos (como que a porfía y competencia unos de otros hacían mayores limosnas) llegó tras de todos una pobre viuda, avergonzada de su miseria por parecerle que si se entremetía y se anticipa-

¹ Luc. 21.

ba y prefería a otros ricos, sería desviada con ultraje, como les acontece a los pobres que se les arriman y les quieren coger lado, o porque llegó tarde y no pudo llegar a tiempo que a las vueltas diese lo que podía, como daban otros; finalmente llegó y ofreció dos minutos (cosa muy poca) y aunque la postrera en dar fue primera en el merecimiento; y así dijo Cristo (que conoce corazones y los mide y pesa, como Dios que es) a los que estaban presentes: Verdaderamente os digo que esta viuda pobre ha ofrecido mucho más que todos estos ricos que se han preciado de hacer ofrendas y limosnas gruesas, y luego da la razón que lo concluye, diciendo: porque todos éstos han ofrecido de las sobras de sus riquezas y parte de la mucha hacienda que poseen; pero esta pobre mujer todo su caudal, va ha dado todo lo que le falta, todo su sustento ha dado, como quien dice: todo lo que hoy había de comer ha dado y por darlo se queda muerta de hambre y quiere más morir de hambre y padecerlo que dejar de dar a Dios un reconocimiento de que es su criatura. Que estos indios hayan dado limosnas gruesas en los conventos e iglesias, para ornamentos eclesiásticos, haciéndolo con la buena intención que lo han dado, de mucha alabanza son; pero que estos dos pobres viejos hayan hecho esta de pan y vino, que sólo costó siete reales, ésta parece que echa el sello a todas, porque los primeros han dado de lo mucho que han tenido pero estos pobres todo lo que tenían, y para hacer esta limosna lo trabajaron cuidadosamente vendo a otros pueblos, lejos de el suyo (porque el más cercano de tierra caliente está más de diez leguas de Topovanco), a vender los perrillos, comprar de lo procedido el algodón, traerlo, hilarlo y tejerlo, trabajo costó y tiempo había de haber intermedio; y después darlo todo sin reservar nada, obra fue hazañosa, y cuando la dádiva sea pequeña es la voluntad muy grande y ésta vido Dios en esta ofrenda; y ésta pienso que galardonaría como quien se paga más de obras pequeñas hechas con santa intención, que con otras muy grandes que exceden los límites de lo que deben tener para agradarle. Y así dice el sapientísimo Gerónimo:² No considera Dios el cuanto que le das de tus bienes, sino con cuanto deseo se lo das de agradarle. Abel ofrece un cabrito o cordero, y recíbelo Dios con mucho gusto, porque con su pequeña ofrenda se lo dio más que fue su voluntad y corazón. Ofrece también Caín sus espigas, y no las estima Dios porque no le dio juntamente lo que debía darle, que era voluntad buena de agradarle, que si quisiera esto buscara lo mejor y no lo peor, que quien hace servicios de gana busca lo mejor que puede y da lo mejor que tiene. Y así, como aquella viuda hizo amago y demonstración que si más tuviera más diera (pues se lo quitó de el comer para darlo), así también estos pobres indios, dando esto, manifiestan que dieran más si más pudieran. Y éste es el consejo que dio Tobías³ a su hijo: si tuvieres muchos bienes da mucho y si poco, poco, que aquí no se estima sino la liberalidad y franqueza, que consiste en la intención y no lo mucho ni lo poco de la dádiva. Y así lo amonesta el Eclesiástico, diciendo: No

² Div. Hier Genes. 4.

³ Tob. 4.

⁴ Eccles, 7.

digas que se agrada Dios de la muchedumbre de tus ofrendas, porque el mucho, ni el poco de el don, no es lo que agrada, sino la sana intención y la conciencia pura con que se ofrece. Y concluyo este capítulo con decir, que si de hacer limosna se colige ser uno piadoso cristiano (pues la limosna es una de las cosas muy encomendadas en cristiandad) que serán los indios cristianos y tanto más buenos lo serán cuanto más mostraren de caritativos y limosneros haciendo como hacen la limosna por amor de Dios y no por otro interés ninguno; pues en dar su hacienda a quien no les ha de volver nada por ello, no se les puede seguir ninguno.

CAPÍTULO VI. De la fe y devoción que los indios siempre han tenido a las ceremonias y cosas de la iglesia



NTRE LOS VIEJOS REFRANES DE NUESTRA España (que infaliblemente suelen salir verdaderos) éste es uno: Quien bien quiere a Beltrán, también quiere a su can. Y quiere decir, que quien bien quiere a un hombre, y le es buen amigo, a todas sus cosas tiene afición, y le parecen bien, y por ellas habla y vuelve cuando se ofrece y es menester. Y si esto es verdad,

mucho mayor verdad será que quien bien quiere al can de Beltrán, por ser cosa suva, mucho más querrá al mismo Beltrán. De donde se infiere que los que son amigos y devotos de las cosas que pertenecen al servicio de Dios y a su culto divino, lo serán también de el mismo Dios y lo querrán mucho y amarán. Y por el contrario, serán enemigos de Dios los que son enemigos de las cosas que pertenecen a su servicio y divino culto; como lo son los malvados herejes que destruyen las iglesias, lugares sagrados y queman las imágenes y figuras de Dios y de sus santos, y niegan el santo sacrificio de la misa y todos los demás sacramentos, y persiguen y matan, como enemigos capitales, a los sacerdotes que los administran, y escarnecen y burlan de las bendiciones, consagraciones y ceremonias santas de que usa la iglesia católica romana, nuestra madre. Todo lo cual (para confusión de estos apóstatas, descendientes de católicos cristianos) proveyó Dios que los pobrecillos indios, que poco ha eran idólatras y ahora nuevos en la fe que los otros dejaron, lo tengan en grandísima estimación, devoción v reverencia. Donde se conocerá la suavidad de la condición de Dios, que no quiere forzar la voluntad de el hombre, y si le abren cuando está a la puerta llamando (como él mismo lo dice) entra, y si no pasa de largo. Bien verificado está esto en la esposa que no le abrió a tiempo y se pasó de largo. Y aun después de haber entrado, si no le hacen el hospedaje que conviene, se sabe salir afuera y irse a buscar posada como lo hizo con los de el pueblo de Israel, que habiéndose hartado de perseguir su ley y mandamientos, no pararon hasta poner manos sacrilegas en su proprio y natural hijo, heredero de sus celestiales tesoros, y apellidando libertad, dicen: éste es heredero, venid todos, quitémosle la vida y serán nuestras sus posesio-